

## LOS POETAS DEL VALLE

Escribe: HELCIAS MARTAN GONGORA

No es el "Azul" que sirvió a Rubén, "padre y maestro mágico", como telón de fondo en su magna aventura renovadora, sino el "Azul" Comarca serenísima —donde vive la eternidad—, el color que impera en los territorios mágicos de Gilberto Garrido (1887), el insigne lírico nacido en las montañas de Supía, pero volcado como un río sobre el Valle del Cauca, desde los manantiales de su infancia. El poeta de "Lumbre" está incorporado al paisaje de Cali, la ciudad navío, con voluntad amorosa. "Si leemos en la tarde algunas estrofas de Garrido, —escribe Cáceres— sentimos muy cerca a nosotros un aire cariñoso y leal, con garzas resolviendo nevados cruci-

gramas de ensueño y fuentes esparcidas en una fuga crepuscular de violines. Hasta se respira en ocasiones el rústico vaho de los huertos reseco, el insinuante perfume de las resedas y los almendros floridos. Pero no se crea que Gilberto Garrido es un pintor más de su tierra adoptiva. Clausurado el ciclo auroral del "Romance de mi solar y de mi gente", Garrido sube por la espiral del llanto a la región de la perpetua luz poética, en cuyo ámbito se mueven las palabras, que forman la insistente elegía del hijo amadísimo, como peces de claridad. Entonces las lirras de Garcilaso y Fray Luis renacen asombradas, cubiertas de ceniza en la noche del alma:

*"Llorar es ver el fondo  
en donde Dios alumbra nuestra pena.  
No hay un lugar más hondo  
ni hay una luz más buena  
que la que lo ilumina y lo serena".*

Con Mario Carvajal (1896), penetramos en el sellado reino de la poesía mística. El maestro de Cali, abstraído de la urbe incitante, levanta la trémula "Escala de Jacob", al final del combate con los ángeles, cuando el sol se enciende en torno a los cuerpos de las mujeres y cada fruto del solar cercano

insinúa al deleite. Extraño parecerá el deliquio enamorado de Dios, al tiempo que todas las bocas de la geografía incitan a la fuga gozosa, al perdimiento desbordado. "Quizás frente al paisaje al poeta vallecaucano lo aflija una ansia panteísta. Se manifiesta aquí una adoración por el mundo, que pare-

ce que por doquier se levanta la presencia inefable. Y quizá ese mismo sentimiento haya azorado las plumas versificantes y les haya impedido sondear minuciosamente en los problemas de la naturaleza. Tal vez, tal vez sea solo miedo, miedo de conocer emocionalmente a Dios lo que ha detenido el contacto directo con el paisaje, la inmersión en el contorno. Ciertamente es imposible, para estos poetas, una demostración más evidente de

*“Inefable silencio de la noche dormida  
cuando, asida a la estrella que en el azul esplende,  
el alma los abismos del infinito hiende  
y naufraga en el mundo misterio de la vida.*

*Silencio de las cosas que invade en recogida  
vena de paz el ámbito que en sí mismo se enciende;  
silencio que del fondo de los valles asciende  
hasta la urna en llamas de la sidérea egida.*

*Silencio que en las alas del crepúsculo sube  
al extático monte que transforma la nube  
en una rosa nívica sobre la faz del orbe;*

*y en la cima del tiempo, cual una estrella inerte,  
ante el místico pasmo de las horas absorbe  
en los mares eternos el río de la muerte”.*

Saudosas baladas marineras, aéreas infantiles, elegías consteladas por la luz del lamento y sonetos escritos bajo la inmensa mirada del Señor, son la contribución excepcional de Antonio Llanos (1905) el grandioso poeta del Valle, al tesoro de la lengua española, que en las estrofas de este americano universal, brilla con esa claridad serenísima, que solamente fluye del cielo, en el instante del milagro. La sombra desgarrada, tácita en el fondo de todos sus poemas donde habita el doloroso amor, viste túnicas de fuego, cuando transita por ellos el arcángel de la muerte. La levedad de las imágenes que sos-

Dios que su comarca”. Leyendo a Mario Carvajal, el alma se siente invadida de aquella sensación que Pieter Van Der Meer De Walcheren denominó la “nostalgia de Dios”, cuando ya, como afirma Leon Bloy, “se puede vivir sin pan, sin vino, sin techo, sin amor, sin felicidad; más no se puede vivir sin el Misterio”. En comunión con la gracia, derruidos los muros de la prisión terrena, será posible entonces escuchar el

tienen el peso de la cúpula conceptual, no resta hondura al acto poético, cuyo destinatario primero y último son las manos de Dios. Con razón, Eduardo Carranza ubicó a Llanos en el sitio de honor privilegiado, que le corresponde en el ámbito de nuestras letras. Altísimo místico, como Mario Carvajal, a este solamente lo une el férreo hilo de la fe.

En “Temblor bajo los ángeles”, están los cimientos del cielo, sobre los cuales habrá de levantarse la fábrica armoniosa de su “Casa Paterna”:

*"Tibia casa encalada donde mi padre un día  
me habló de las estrellas con acento de música,  
y se quedó mirando las montañas azules  
que sostienen los cielos en sus anchas columnas".*

De regreso de la ubérrima comarca lírica de Antonio Llanos, donde los árboles se doblegan bajo el apremio de dorados frutos, cobran nuevo esplendor las frases del abate Prémond, en su discurso sobre "La poesía pura": "Si hay que creer a Walter Pater, "todas

las artes aspirarían a reunirse a la música". No, todas ellas aspiran, cada una mediante los mágicos intermediarios que le son propios —las palabras, las notas, los colores, las líneas—, todas ellas aspiran a reunirse a la plegaria".